

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscription.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50.—La suscripción se cuenta desde 1.º y 16 de cada mes.—Toda la correspondencia y paquetes, diríjanse al Administrador.—No se devuelven los originales.—Administración: Plaza de San Agustín, número 7, bajo Redacción Isaac Peral 24

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, a en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: Mr. Lozette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Lopez, 21, rue de la Monnaie.—New York, Mr. George B. Pike, 21, Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse Jerusalem Straße, 49 y 40.

Para el Eco de Cartagena

Inmigración cartagenera en Barcelona

La despoblación de Cartagena, de sus barrios extramuros y demás pueblos limítrofes, debe ser un hecho evidente ante las proporciones que día a día alcanza el número de los que invaden Barcelona por sus cuatro costados, y viene precisado a dar la voz de alarma para evitar, cuanto sea posible, las funestas consecuencias que el error y la decepción ocasionan.

Malestar profundo se siente en toda España, es cierto; las horribles convulsiones que el mundo entero sufre en este siglo sangriento, son de todos conocidas; pero me pregunto: ¿es que en Cartagena es tan agudísima la situación, tan desesperada, que no hay medio de ganar o de implorar un pedazo de pan? ¿Miseria y hambre se hallan tan propagadas y arraigadas entre mis paisanos que forzosamente han de tomar la lamentable y extrema determinación de abandonar el terruño para venir aquí a sufrir mayores horrores?

Hago estas preguntas porque la proporción que Cartagena da al contingente de hambrientos que por la Ciudad condal pupulan, es verdaderamente alarmante, aterradora, bochornosa.

Me propuse comprobar esta gran calamidad, y con tristeza, con amargura, he visto que los que a las puertas de los cuarteles aguardan impacientes, su rostro confrío, las sobras del rancho, son cartageneros; los que la guardia municipal recoge en la vía pública por implorar la caridad, en absoluto prohibida, cartageneros; los que a las puertas del Atilo de Parque descienden del coche de la Beneficencia Municipal, para recibir allí alimentos y albergue mientras no se toma con ellos una determinación que, generalmente, es la repatriación al punto de naturaleza, cartageneros; los que en los muelles, sobre todo é inmundicia, aguantan imperiosos frecuentes chaparrones que los empujan hasta los huesos, revenden naranjas para ganarse unos míseros céntimos y con ellos amortiguan el hambre que los devora, y á falta de venta ingieren la propia mercancía, cartageneros; y, por último, los que á las puertas de las agencias de vapores acuden en tropel y tratan de informarse del modo y manera de embarcarse para Francia, y éstos son los más afortunados, cartageneros en su mayor parte.

Sera interminable la descripción del cuadro de miseria que los cartageneros—¡se me parte el alma!—presentan en Barcelona, para vergüenza nuestra y de las autoridades de por ahí, que no tienen en cuenta el gravísimo conflicto que crean á las de por aquí y el pavoroso problema que les plantean.

Sabed y entendid, queridos paisanos, que aquí en Barcelona no hay nada que pueda aliviar vuestra triste situación; que si de un mendrujo de pan carecéis en vuestro hogar, en esta tierra es más que imposible hallarle. El trabajo—si alguno hay es sólo para los catalanes; la industria y el comercio casi se gozizan en las actuales circunstancias creadas por esta guerra asoladora, que siega la vida de los hombres como la luz la hierba de los campos; las instituciones benéficas—sin negar que en Barcelona existen muchas y bien organizadas—únicamente atienden á los suyos, y si algo dan al extraño es lacerando su alma con advertencias mortificantes,

por las que habría que lanzarles á la cara el mendrujo que conceden si no fuésemos los cartageneros de condición sumisa y de prudencia y educación acrisoladas.

No venid á Barcelona, desgraciados paisanos; pedid en Cartagena, colectivamente, lo que hay derecho á pedir, y si las autoridades os niegan sus recursos y no evitan vuestra miseria y desbandada; si no saben distinguir con acertadas medidas esa ola emigratoria tan mal recibida aquí; si no quieren ó no pueden auxiliarnos y por tanto ábrades—de esa gran vergüenza que vuestra indignancia ofrece en Barcelona, impetrad ahí los auxilios de la Caridad, que Cartagena, que siempre se distinguió por su desprendimiento en favor de los pobres, acudirá ahora al socorro de una gran desdicha.

Y vosotros, jóvenes mujeres, queridas paisanas mías, las que por desgracia sufris los horrores de la miseria y en vuestra mente germina la idea funesta de la emigración, de vuestra emancipación del hogar paterno, sabed que aquí en Barcelona, ciudad sumergida en el cieno de los vicios, donde la inmoralidad se halla extendida cual epidemia devastadora, donde la podredumbre infecta el ambiente y corrompe el corazón más sano; aquí donde se congrega la hampa del universo mundo y el vandalismo tiene hondos raíces, la chusma inmundicia, la vil ralea y toda la escoria social, correis gravísimo peligro y podéis llorar con lágrimas de sangre los errores de vuestra irreflexión si os emancipáis del seno de vuestras familias, guiadas por engañosas apariencias é ignorando el abismo á que os lanzáis.

Y sepan también las autoridades cartageneras, que esos problemas tan íntimamente ligados, como son la emigración y la desocupación, deben ser atendidos muy preferentemente si algo en provecho de la acción social les es permitido hacer. Es esta una enfermedad, que puede ser gravísima, un desequilibrio y un peligro para la prosperidad, la vida y la paz de la sociedad, que deben evitarse por las autoridades ó el Estado, al que hay que recurrir si por atención de medios locales no es posible solucionar el conflicto. A las clases humildes se debe especial tutela; y hay que hacerla por el bien común y muy especialmente en defensa legal de la vida y bienestar del trabajador Cartagenero.

José Rivadavia Egea.
Barcelona, Julio 1913.

Clausurado

Madrid 5-9 m.
Se ha clausurado la exposición de Bellas Artes, asistiendo al acto numerosa concurrencia.
Se ha concedido un plazo de quince días para que los expositores puedan recoger las obras expuestas.

Cuestión palpitante

No tiene nombre apropiado lo que acontece en Cartagena: sucesos del despido de obreros de los talleres de la Constructora Naval.
Cuando se tuvo noticia de que dicha empresa, por la falta de trabajos se veía obligada á despidir gran número de obreros, celebróse en el salón de actos una reunión de las fuerzas vivas de esta ciudad en cuya reunión apesar del grave problema que se trataba de resolver, no se tomaron definitivos acuerdos para demostrar al gobierno, que el obrero de Ferrol—habían sido obediencia y justicia ro-

clamaciones, los de Cartagena, debían ser también escuchados y atendidos.

Será razonable que esas contestaciones estimasen en los primeros momentos la excitación producida y después como el asunto quedó olvidado, la Constructora Naval viene despidiendo obreros homeopáticamente hasta que llegue al de cuatrocientos que es el número que dicha empresa tiene acordado despidir.

Como el pasado sábado fueron varidos los obreros que recibieron la orden de irse en sus trabajos, ha surgido nuevamente la excitación en la clase obrera de dicho taller.

Como la situación se agrava por momentos, el digno diputado á Cortes don José Mestre que ha demostrado siempre su decidido apoyo en defensa de los obreros, ha dirigido los siguientes telegramas, cuyos contenidos también publicamos:

José Mestre á Ministro de Marina.

Obreros Maestranza amenazados despido me indican que disponiéndose en Cataluña, «Princesa Asturias», «Proserpina», «Marqués Victoria», tendrían trabajo. Ruegole ordeno lo procedente anticipándole gracias.

José Mestre á Constructora Naval.

Madrid
Me interesan obreros Maestranza para evitar despido, pueden empezar construcción destruyeros con cambio de torpederos. Ruegole encarecidamente atiendan petición.

Ministro Marina á José Mestre
Este Ministerio tiene muy en cuenta las necesidades de ese departamento y procura atenderlas en cuanto sea posible. Contesto su telegrama.

Constructora Naval á José Mestre.

Esta sociedad está procurando buscar trabajo para sus obreros de Cartagena no solo en sustitución de torpederos por destruir si no en obras del nuevo programa pero es difícil dada la variación de intensidad del trabajo que estamos experimentando hace tiempo sostener un número constante de obreros.

De aplaudir es la nueva iniciativa del Sr. Mestre, y por lo que inserta más tarde pondrá en duda que el diputado conservador es uno de los defensores más constantes que las clases necesitadas tienen en las altas esferas políticas.

Los nocturnos del Generalife

La columna blanca

A la de los bellos brazos
Tienes la altura de las lunas llenas, la rectitud de una conciencia pura, y en tu sangra nalgas perdura como una evocación de antiguas penas...

¡Bajo la casta lumbre de araucarias del planillón tu esbelta fulgura, y hay algo femenino en tu blancura, donde azules las vetas como venas!

¡Yo no sé qué recóndita delicia, yo no sé qué recuerdo ciego y mudo tu corazón de mármol aprisiona,

que te acaricio igual que se acaricia el blanco brazo que el amor, desnudo á nuestra sed de besos abandona!

Bajo la paz de las estrellas

A la que recuerda olvidadas
Recuerda el alma y á sufrir se enmura; la carne olvida y á gozar se agresta... la noche en el jardín es una fiesta de estrellas, de perfumes y blancura.

Al surtidor que flota su amargura en la fuente de mármol te contesta un rubor que trina en la floresta, inamemore de toda desventura.

Parece que á mi alma, en esta hora, suspira el rubor:—¡Olvida y canta!—y gime el surtidor:—¡Recuerda y llora!

¡Y yo, escucho el melodioso coro que hasta los altos cielos se levanta al par recuerdo, el viento, canto y lloro!...
F. Villaspesa.

Crimen por imprudencia

Madrid 5-9 m.

Dicen de Guadix, que en el pueblo de Jerez del Marquesado penetraron en una taberna varios amigos. Un hijo del tabernero llamado Juan Pieguzelos, de trece años, comenzó á bromear con los recién llegados amenazándoles con un trabuco que creía descargado.

Juan, siguiendo la broma, disparó el trabuco sobre José Tobis Damas, sonando una fuerte detonación.

José Tobis quedó destrozado. El autor de este homicidio quedó detenido.

Acotaciones

Es una tarea aciaga tener que recortar comentarios sobre la tela misérrima de una gran vergüenza. Lo es, por ende, acotar la crisis última. Pero, ¡pardiez!, lo amargo de la posición no justificaría nunca la pasividad del estúpido ante un acontecimiento famoso...

Brevemente—tan sólo en su perfil, perfil grotesco y trágico á la vez hemos de traer á colación la farsa desgraciada que hizo crujir el rufin tinglado. Y á ello vamos, sucintos, lacónicos, sajanos...

Ya sabes, lector, la síntesis del hecho. Un fracaso formidable de cierta operación de crédito público... Clases productoras, banca, comercio, capital, riqueza en suma, volvieron la espalda, recelosos al campanudo empingorotado y sandio solicitante... De 467 millones que el Gobierno—sandio, empingorotado, campanudo solicitante—requirió del capital nacional, de la riqueza ibérica, sólo 81 millones acudieron á la demanda...

El gran fracaso ahí está... Lo demás ¡ah! lo demás viene á integrar la gran vergüenza. Y todo, vergüenza y fracaso, corre presuroso á apuntarse en el «haber» de ocho hombres que están realizando una suplantación inconcebible y poniendo en la picota, hecho jirones, el prestigio de España, madre y señora...

Se planteó la crisis. ¡Una crisis en plena neutralidad! Lector, parece imposible, ¿verdad? Pues no lo era, no lo fué. El señor Dato tomó escuela de un político trágicamente fenecido. El Sr. Dato sabe toda la importancia que tiene un desfile de figuras por la Cámara regia... si del desfile ha de seguirse la continuación en la poltrona de quien maneja los personajes y los hace desfilar ante la Corona... También el señor Canalejas—¡cuán subido precio hubo de costarle la sinuosidad!—llevaría con frecuencia á Palacio á los hombres de la consulta tradicional... Jamás, sin embargo, exhibió D. José la correspondencia telegráfica de La Granja. Pero ¿qué quieres, lector? El Sr. Dato es así. ¡Tan comunicativo! ¡Tan locuaz!

Han ido á Palacio los hombres cumbres de la política. De diversas alturas esas cumbres, ¿quién lo duda?; pero oficialmente, piadosamente también, cumbres... Y fueron, y dijeron al Rey sus opiniones. Y la Corona ratificó al Sr. Dato su confianza... ¡Se la tenía ratificada públicamente—en la Castellana se lanzó el pregón—deade el día antes... Y la rueda del tiempo siguió girando, rítmica, y las esferas no se conmovieron, y el Gobierno del fracaso inenarrable prosigue su labor. ¡Cuenta con una confianza!

No es posible decir más... Tú, lector, hombre avezado á leer estas líneas, sagaz y sensato, has de tener unos complementos mentales para esta zafia acolación... Y bien; ¿cómo no está lo grave, lo gravísimo, lo trascendental, en esos mismos juicios tuyos, apostillas juiciosas á esos renglones nuestros?

Prosigue—¡sí!—el Gobierno de la ineptitud «nacional»... Cortes cerradas, lenguas sujetas; periódicos «generosamente» conquistados; telegramas de dos filos con una sola interpretación y varias consecuencias desastrosas; neutralidad enervante, estúpidamente entendida, malamente profesada; un dictador, en fin, sordida, mezquina, rula, pero mil veces más pernicioso y más abyecto que la que fulminan los hombres de Estado, verdaderamente de Estado. Porque esta dictadura que nos oprime, que nos ahoga,

—Se me figura que la silla eléctrica me espera—replicó Angel, con desesperación.—¿Cómo diablos llegó el cuchillo á atravesar el corazón de aquel hombre? Es incomprendible.
—¿Hay ventanas ó puertas cerca del sitio donde ustedes se hallaban sentados?
—Nada de eso.
—¿Ni algún lugar del cual podía haber salido el asesino, en el instante en que usted se encontraba de espaldas?
—Tampoco. Estábamos al extremo de la plazoleta, al cual no dan ventana alguna. Es todo un misterio, que para mí puede ser de una trascendencia inmensa.
—No se apure, Angel. Estoy cierto de encontrar un medio para aclararlo; mas no hemos de desconocer la verdadera situación de las cosas. Por el contrario, es mejor hacerse cargo del peligro, y por esto le llamo la atención sobre el punto de vista en que naturalmente se colocará la policía. Dígame ahora: ¿cuánta gente había por los alrededores del lugar en que se cometió el crimen?
—Unas cincuenta personas.
—¿Dónde estaban?
—En un campo, frente á la plazoleta, y por el río, en botes ó canoas.
—¿Y si una sola de ellas presencié el asesinato?

de desencanto. Esperaba ser testigo de la entrevista entre Nick Carter y su prisionero; pero no tuvo más remedio que obedecer la indicación. No hacerlo así hubiera sido exponerse á consecuencias desagradables, porque la palabra del detective gozaba de una autoridad indiscutible ante el jefe de Policía de Nueva York.
Se dirigió, pues, despacio hacia la puerta, con la esperanza de cojer al vuelo alguna palabra.
El caso era misterioso; se trataba de un asesinato de suma importancia y así había poder repetir á sus compañeros de servicio aunque sólo fuese una sola frase del gran Nick Carter, sobre el asunto.
Pero esta frase no fué pronunciada y Nick permaneció en silencio hasta que José estuvo fuera de la estancia. Cerró luego la puerta y con expresión de afectuoso interés, apretó la mano de Angel.
—Ahora, cuéntenme todo, amigo mío, desde el principio hasta el fin—dijo.—Ya comprenderá usted cuánto siento ser su guardián en una ocasión semejante; mas no debe preocuparse por ello, en la confianza de que no durarán mucho tiempo las presentes circunstancias. ¿Se trata efectivamente de un asesinato?
—¡Oh! sí; no hay duda de que la víctima está bien muerta.
—¿Quién es?